

los padres griegos y latinos, esto es, que no hay salvacion para el que se separa de la santa iglesia romana, y que son ilusorias todas las virtudes si las falta la obediencia debida al Sumo Pontífice. Halló los mismos principios profundamente grabados en los ánimos de las personas mas distinguidas por su piedad y doctrina, y no en una ó en otra parte, sino en todos los parages que habia recorrido. Entonces se le cayó la venda que tenia en los ojos, y á beneficio de la edad y de la reflexion, abandonó las preocupaciones que la inesperienza y la mocedad le habian hecho recibir de boca de los ancianos, á quienes miraba como á unos oráculos cuyas decisiones no le era licito examinar.

26. Nunca se habia estinguido en Pio II el deseo de reprimir á los enemigos del nombre cristiano: y así, luego que se vió colocado en la Silla de San Pedro, dedicó toda su atencion á sellar la liga, tantas veces proyectada, de los Príncipes cristianos contra los turcos. El peligro que amenazaba á la cristiandad, era cada dia mas inminente, pues no habia año en que Mahomet II no asolase ó subyugase alguna parte de ella; de suerte que los griegos, que eran sus víctimas mas comunes, le colocaron entre aquellos monstruos de tiranía, á quienes se dió el nombre de plaga del mundo ó azote de Dios, y le llamaron verdugo del cielo (1). Pero contentándose aquellos viles orientales con fatigar á los latinos á fuerza de sollicitaciones y de importunidades eternas, se hacian

(1) *Phranz. l. 3. c. 3.*

traicion, se despedazaban y se destruian mutuamente. Habiendo caido Atenas con motivo de sus divisiones en poder de los infieles, y privándose á sí mismos los dos Paleólogos Tomás y Dametrio de las ventajas de la paz que les concedia el sultan, se hicieron una guerra ruinosa, que fue causa de que en el año 1458 pasase Mahomet á la Morea (1). Entonces se vió la gran diferencia que hay entre los furores de la discordia y el verdadero valor. Encarnizados los dos hermanos en su destruccion recíproca, los subyugó el sultan casi sin pelear. Aquella multitud de ciudades y ciudadelas, situadas en desfiladeros ó en rocas inaccesibles, y no menos fortificadas por el arte que por la naturaleza, fueron por la mayor parte abandonadas, ó se rindieron antes que principiase el combate. Corinto sufrió el asedio para aumentar su oprobio, pasando de las armas al yugo, y suscribiendo al tributo que quiso imponer el vencedor á la ciudad y á todo el pais.

Conociendo el Papa que los infieles harian cada vez mayores progresos, mientras no procediesen de acuerdo los Príncipes cristianos, convocó una asamblea en Mántua, y les rogó encarecidamente que asistiesen á ella para tratar de los medios de contener una inundacion que amenazaba á toda Europa. Como el Emperador ocupaba el primer lugar entre ellos, y debia darles egemplo, dispuso el Papa que pasase á su corte el cardenal Besarion, y que recorriese despues las de los demás Príncipes de Alemania. Pero

(1) *Chalc. l. 9.*

fue tal la confusion y desórden que halló por todas partes este legado, que no le fue posible ni aun dar á entender el objeto de su embajada. Todos los Príncipes, escepto el marqués de Brandemburgo, estaban sublevados contra el Emperador, siendo los mas furiosos su hermano Alberto, y su primo hermano Segismundo de Austria. Tenian parte en la intriga los Reyes de Bohemia y de Hungría; el primero, porque pretendiendo el Emperador que habia recaído en él el derecho á la posesion de Bohemia, no cesaba de oponerse al establecimiento del nuevo Rey; y el segundo, porque no queria desprenderse Federico de la corona de San Estévan, que se tenia por sagrada, y sin la cual, segun la persuasion popular, los sucesores de aquel primer Rey de Hungría, tenian solamente el nombre de Rey, y no la posesion legitima del reino. Desistió el Emperador de estas pretensiones, así por su propia seguridad, como por respeto á lo que representó el Papa contra unas discusiones tan ventajosas á los infieles, á quienes se trataba de reprimir. El mismo Pontífice, despues de haber puesto alguna dificultad en reconocer por Rey á Pogebzac, acusado de heregía, no se detuvo en darle el titulo de tal, luego que recibió su profesion de fe.

27. Tambien reconoció por Rey de Nápoles á Fernando de Aragon, el cual le rindió pleito homenaje, y anuló la bula del Papa Calisto que habia reunido aquel reino á la santa Sede. Solo obligó á los Reyes de Nápoles á presentar todos los años al Papa,

como por especie de tributo, un caballo blanco y ocho mil onzas de oro. Agradecido Fernando, prometió armar poderosamente por mar y por tierra contra los enemigos del nombre cristiano (\*). Fue muy sensible para el gobierno de Francia la predileccion del Papa á favor de Fernando, que con perjuicio de Renato de Anjou, de la línea augusta de San Luis, habia recibido la investidura, por la cual quedaba excluido Renato del reino de Nápoles. El único temperamento de que se valió el Pontífice, fue insertar en el documento de la investidura estas palabras: *sin perjuicio de tercero*, es decir, que se limitaba á no chocar abiertamente con las pretensiones legítimas de la casa de Anjou. No podia desentenderse Pio II de la adhesion de los franceses á la pragmática-sancion, de la cual decia entonces tanto mal, como bien habia dicho antes, cuando estaba preocupado á favor de la reforma de Basilea. Escribió á Carlos VII en los términos mas honoríficos para convidarle al congreso de Mántua, y le dió los títulos de Rey cristianísimo, de hijo primogénito de la Iglesia, y de defensor principal de la fe, „adquiridos justamente por vuestros predecesores (añadió), como

(\*) No pudo el Rey Fernando I de Nápoles cumplir todas las promesas que hizo á la santa Sede, á causa de los disturbios de su reino. Su carácter cruel y disimulado le atrajo el odio de sus súbditos de tal manera, que le fue preciso conquistar su propio reino con mayores trabajos y fatigas que las que habia vencido su padre Alfonso el Magnánimo.

que eran los mas dignos celadores de la Religion de Jesucristo, y tan debidos á vos mismo, cuyos consejos no son menos necesarios para dirigir nuestras operaciones, que vuestros egejemplos para animar á los Príncipes y á los pueblos." Por último, le rogaba que si no podia asistir en persona, enviase por lo menos embajadores con las instrucciones convenientes: y con sus plenos poderes.

El Rey alabó mucho al Papa en su respuesta por sus piadosos designios, y prometió contribuir á su egecucion con todas sus fuerzas, pero por medio de sus ministros, porque el estado de los asuntos de su reino no le permitian alejarse de él. Entonces hacia la presuncion británica un papel muy diferente que antes. Despues de haber arrojado Cárlos á aquellos orgullosos isleños de Guiena, Normandía y de todo el territorio de Francia, á escepcion de Calais, los redujo á defender sus propios hogares, y entró en su isla á sangre y fuego. Brezé, senescal de Normandía, dotado de grande inteligencia y valor, hizo un desembarco á dos leguas de Sandwic, cogió tres navíos en el puerto, se llevó de la ciudad y sus cercanías un botin inestimable, y los obligó á que en lo sucesivo mirasen su propia seguridad como la mayor fortuna á que podian aspirar. Hecho esto, volvió á embarcarse sin ninguna pérdida aunque acudieron armadas las milicias del pais.

28. Luego que pasó el rigor del invierno, salió de Roma el Papa para trasladarse á Mántua, despues de haber decretado, de acuerdo con los cardenales, que

si moria en aquel viage, no se podria elegir su sucesor en otra parte que en la ciudad de Roma. Tenia entonces Pio II cincuenta y tres años; pero los muchos trabajos que habia padecido en sus legaciones, y los viages innumerables que hizo, habian quebrantado en gran manera su salud. Quiso ir de paso á Corsini, que era el pueblo de su naturaleza, y celebró allí la fiesta de la Cátedra de San Pedro. En seguida se trasladó á Sena, erigió aquella silla en arzobispado, y nombró por primer arzobispo de ella á su sobrino Antonio Piccolomini. Le encontraron en esta ciudad los embajadores del Emperador, de los Reyes de Castilla, Portugal, Hungría, Bohemia y de otros muchos Príncipes. Presentáronse tambien allí los de Silesia, y en nombre de su provincia, que formaba parte del reino de Bohemia, protestaron que no querian reconocer á Pogebrac por su Rey, se quejaron de que el Papa le hubiese dado el título de tal, y reclamaron la asistencia de la santa Sede contra los peligros á que se hallaba espuesta la Religion católica en su patria (1). Prometiósela el Papa, especialmente para el efecto de abocar á Roma todos los litigios que ocurriesen en esta materia, y sin perder un momento envió nuncios á Bohemia. A pesar de la abjuracion de Pogebrac, era su fe muy sospechosa; pero él queria reinar tranquilo. A fin de vencer la resistencia de los de Silesia, volvió á prometer que obedeceria á la santa Sede, y sostendria con celo la fe católica; y se obligó á proteger á los de Silesia contra

(1) *Cochl. l. 2.*

todos aquellos que quisiesen introducir la heregia en su pais, á defender los derechos y libertades de las iglesias, á hacer respetar y observar las censuras eclesiásticas en todos sus dominios, y á no conservar ningun resentimiento contra los que hasta entonces le habian negado la obediencia.

Mas temible era Roquesana que Pogebrac, el cual, á no haber sido por aquel clérigo perverso, hubiera reinado tranquilo, y hecho felices á sus vasallos. Para curar el mal radicalmente, confió Pio II la administracion del arzobispado á Wenceslao, dean de la iglesia católica de Praga. Cuando llegó el caso de presentar las letras apostólicas, se experimentó, como era de esperar, una resistencia muy fuerte por parte del caviloso intruso y de sus numerosos partidarios, á cuya frente estaba el primer magistrado. Los dos partidos acudieron al Rey, el que, no sabiendo qué medio tomar, les concedió indistintamente su proteccion, es decir, que se mantuvo neutral en su propio reino. Estuvo mucho tiempo sin decidirse este asunto, que era de la mayor importancia, y mientras permaneció en este estado, hubo dos administradores en la iglesia de la capital, uno católico y otro husita: método ruinoso, pero que sin embargo produjo algun buen efecto, pues á fin de conciliarse la amistad de los ortodoxos, escribió Roquesana un largo tratado acerca de los sacramentos, en el que impugnaba fuertemente los excesos de los taboritas, y se apartaba poco de la fe comun de la Iglesia.

29. Pasó Pio II desde Sena á Florencia, donde el

famoso Cosme de Médicis, que gobernaba como absoluto esta república, le recibió con grandes honores, y con una magnificencia digna de sus altos pensamientos y de su fortuna. Era Cosme el hombre mas rico y mas honrado de su tiempo, y eran pocos los Soberanos que le igualaban en el poder (1). Habia acumulado inmensos tesoros y preciosidades inestimables con un comercio continuado hasta la edad de sesenta años en todos los climas de nuestro emisferio. Aconsejábanse de él todas las repúblicas de Italia, y la mayor parte de los Principes extranjeros, como de un sábio que por medio de sus innumerables correspondencias estaba instruido en todo lo que pasaba en el universo. Como era amante de las ciencias y de los sábios, convidó á muchos de estos con su palacio, mas parecido á la corte de un Rey que al banco de un comerciante. Formó una biblioteca copiosa y selecta, y se aprovechó de las emigraciones de la Grecia para recoger sus mejores libros y los manuscritos mas preciosos que habia en ella. Tanta grandeza y prosperidad le suscitó algunos émulos, cuyas intrigas fueron causa de que se le desterrase con su hermano Lorenzo, pero poco despues le levantaron el destierro los florentinos, le recibieron con aplausos unánimes, y le dieron el título de padre del pueblo y libertador de la patria. Solo le faltó el nombre de Soberano, y éste le adquirieron sus descendientes. ¡Tal es la condicion de la grandeza y aun de la potestad terrena, que no hay puesto tan elevado adonde no

(1) *Paul. Jov. elog. l. 7. Comm. Pii. II. l. 2.*

pueda alcanzar el oro! San Antonino, el Poggio, natural de Terranova en el territorio de Florencia, Guarini de Verona, Leonardo Aretino, Mafeo de Lodi, que entre todos los autores de su siglo fue el que escribió con mas gracia y elegancia, y otros innumerables escritores de mucho mérito fueron contemporáneos de los dos Médicis, y la mayor parte de ellos muy favorecidos de estos nuevos Mecenas, que contribuyeron mas que nadie á la restauracion de las letras.

30. Despues de haber recorrido el Papa muchas ciudades de Italia, llegó por fin á Mántua á últimos del mes de Mayo, y tuvo que esperar mas de cinco meses la llegada de varios embajadores, y especialmente la de los franceses: cuyo tiempo se empleó casi todo en disputar acerca de la precedencia en el orden de los asientos, en oír quejas y en componer discordias, en lo que nada adelantó el Pontífice mas que mostrar mucha capacidad, modestia, paciencia, imparcialidad, en una palabra, el carácter de un hombre honrado, é inaccesible á las pasiones, que procuraba escitar el interés particular de casi todos los que asistian á la asamblea. Lo único que pudo conseguir en orden al objeto por el cual se habian reunido allí tantas personas condecoradas, fue formar una lista de las tropas que prometieron enviar contra los infieles, nombrar al Emperador por gefe de la espedicion, é imponer un treinta por ciento sobre todos los bienes seculares de Italia. Pero el mismo principio que impedia conceder mayores cosas,

esto es, el interés personal y los odios recíprocos, frustraron aun lo poco que se habia concedido. En fin, en este famoso congreso se convirtió lo accesorio en principal, ó á lo menos fue aquello el único objeto que merece alguna atención.

Habiéndose quejado amargamente los embajadores de Francia de la preferencia dada á Fernando de Aragon sobre un Príncipe legítimo de la sangre de sus Reyes, y haciendo muy poco caso del vano título de Rey de Sicilia, con que calificó el Papa á Renato de Anjou; Pio II, que poseía en grado eminente el arte de la palabra, se esplicó con mayor magnificencia que los embajadores acerca de la dignidad de la corona y de la real casa de Francia, é insinuó con destreza que la necesidad sola le habia obligado á preferir á un Príncipe distante un vecino que no le habia dejado mas que la eleccion entre los servicios de un vasallo y el resentimiento de un enemigo (1). Quejándose despues el Papa de los agravios que suponía habersele hecho, se mostró muy admirado de que la Francia esperase de la iglesia romana un beneficio tan grande como era la posesion de un reino, cuando ella se obstinaba en defender, en la pragmática-sancion, la mayor injuria que se habia hecho jamás á la autoridad pontificia: y añadió, que era casi increíble que un Príncipe religioso hubiese publicado una disposicion eclesiástica, no admitida por ningun concilio general, ni por ningun Papa, que manchaba

(1) *Conc. t. 13. p. 1762.*

cōn un feo borron á la iglesia de Francia, y la constituía en tal estado, que no podian conocerla ya las demás iglesias; que trastornaba toda la gerarquía, y hacia que los legos fuesen señores y jueces del clero; que desde entonces se egercia la potestad de la espada espiritual bajo las órdenes de la autoridad secular, y que el romano Pontífice, cuya jurisdiccion se estiende mas allá de los límites del océano, no tenia en Francia otro poder que el que queria concederle el parlamento de París, el cual se atrevia muchas veces á examinar las constituciones y á anular las censuras apostólicas (\*).

Respondieron los embajadores que la pragmática no era mas que una coleccion de los decretos de Basilea, hecha por los obispos y arzobispos de Francia; que estaba fundada en la autoridad de los Papas Alejandro V, Juan XXIII, Martino V y Eugenio IV, los cuales habian aprobado los concilios generales de Pisa, Constanza y Basilea (\*\*); que conservaba á la Cabeza de la Iglesia todos los derechos que la atribuyen

(\*) Este juicio de un Papa como Pio II, y de un sábio como Eneas Silvio, nos indica el que nosotros debemos formar de la pragmática-sancion y de las pretendidas libertades galicanas.

(\*\*) Que nos presenten los franceses un documento auténtico de la confirmacion del congreso de Basilea, y de los decretos de su pragmática-sancion: no; jamás lo harán. ¿Y á quién deberemos creer mas, á un Pontífice (testigo ocular y defensor en otro tiempo de los hechos de Basilea) que declara no haber sido confirmados tales decretos, ó á los franceses que lo dicen sin probarlo? Nadie, á nuestro parecer, puede dudar en la eleccion entre estos dos extremos, si conserva la debida adhesion y respeto al centro de la unidad.

los cánones; que el Rey no habia pretendido derogarlos de ningun modo; que aquellos derechos eran constantemente respetados en el reino, y que los vasallos de él no cesaban de recurrir al Papa, como á Vicario de Jesucristo; que por lo tocante al parlamento, del cual se quejaba el Papa con tanta acrimonia, debia tenerse entendido que era un cuerpo ilustre, compuesto de los pares de Francia y de ochenta magistrados de un mérito distinguido, que lejos de atentar contra la autoridad de la santa Sede, era utilísimo para la conservacion de los derechos de la Iglesia; que seria de desear que hubiese un tribunal semejante en todos los estados cristianos; que en todos tiempos habia administrado justicia á las partes, cualesquiera que fuesen, sin atender á su flaqueza ó á su poder, y sin otro exámen que el de sus derechos; y que aquel tribunal tan celebrado conservaba intacta la reputacion de integridad que habia adquirido desde los tiempos antiguos en que iban tantos Principes extranjeros á consultarle para terminar sus diferencias (\*).

32. Rara vez es la conciliacion efecto de las

(\*) Cualesquiera que fuesen entonces las ideas del parlamento y las cualidades de sus miembros, hemos visto despues los escesos á que se abandonó por la oposicion á la santa Sede y á todos los derechos de la Iglesia; oposicion que principió á manifestarse con motivo de la pragmática-sancion. La historia nos dirá cómo el parlamento, calvinista primero, despues jansenista y últimamente libertino, no hizo mas que oprimir á la iglesia de Francia, y preparar el cadalso á Luis XVI. ¿Y á esto llaman los franceses *libertades galicanas*? ¿No se dirian mas bien la esclavitud y el oprobio de su nacion?